

## La advertencia del extraño hombre

Lyda se encontraba en su jardín, junto al largo tallo de una esterlizia. Saboreó su aroma, y observó sus pétalos anaranjados y violáceos, pensando en todo lo que le había sucedido. Tenía motivos para estar triste, y otros para brincar de alegría. Era una sensación extraña. Por un lado, le apenaba la idea de no volver a Onírica, jamás... Sentía un miedo espantoso por las palabras de su madre, a cerca de que alguien estaba detrás de aquellas muertes: Onírica, Sanae, Ythin... Alguien perseguía a las brujas. Pero por otro lado, el día anterior le había ocurrido algo inesperado que le había llenado de de felicidad y optimismo. Ahora tenía una meta. Aquel momento con Dristan había sido mágico.

Rozo la esterlizia son los dedos, y se maravilló con semejanza de la flor con un ave tropical. Era bellísima, probablemente, su flor preferida. Fue entonces cuando algo llamó su atención más allá, en el segundo plano de la imagen. Al otro lado de la verja que separaba su jardín del resto del mundo, en medio del espeso bosque de laurisilvas, le sorprendió una extraña silueta acercándose. Parecía un hombre muy alto, con un sombrero de copa muy largo, de cuya cima sobresalía un pincho. Vestía una túnica negra, que bien podría haber sido una manta haciendo los usos de prenda, y caminaba tambaleándose, parecía que fuera a perder el equilibrio en cualquier momento, y a despeñarse camino a bajo. Venía directamente hacia su casa, y Lyda, rápidamente, se transformó en arbusto de moras rojas, y lució jugosa mirando venir al extraño hombre. Éste se acercó, y sin ver a Lyda, se apoyó en una de las lanzas metálicas de verja, y lanzó un fuerte suspiro que resonó varias veces. Entonces dijo algo para sí, como refunfuñando. Parecía muy cansado, como si hubiera llegado corriendo. Su rostro, ahora que podía verlo de cerca, era de un anciano muy grueso, con una barba rizada y larga, de un color gris oscuro y canoso, que le caía por la túnica. Su cuerpo, extremadamente alto y esbelto en comparación con su rostro, parecía deforme, pues del pecho larguirucho le surgía una protuberancia, que hasta por un momento pareció moverse. Y de sus hombros, muy altos para tan corto cuello, salían unos brazos cortos y rechonchos. La túnica le dejaba al descubierto unas gruesas botas, de buena calidad, aunque muy gastadas, como propias de un caminante itinerante. El hombre se reafirmó el sombrero con una manita rechoncha y peluda, tosió, y se dirigió tambaleando a la puerta de la casa de Lyda. Cuando los perdió de vista, la bonita chica adoptó su forma original, y acudió al interior de su vivienda. Una vez allí, escuchó un golpe seco en la puerta, y el silencio de la espera.

Dudó si abrir, o si dejarle creer que no había nadie. Pero, es que ¿y si necesitaba ayuda? ¿Quién sería ese extraño personaje que había caminado sólo por el bosque hasta dar con su casa? La curiosidad le pudo. Entonces, Lyda se convirtió en un fornido hombre, con una espada al cinto y fuertes músculos en los brazos, bigote y barba pelirrojas, y carisma en la mirada. Sonrió para sí, y abrió la puerta confiada, haciendo tintinear las campanitas del móvil que colgaba en el umbral.

Ante su puerta encontró a aquel extraño personaje, que pareció sorprenderse del fornido guerrero. A Lyda le llamó la atención su altura extrema. Podría fácilmente alcanzar el tercer metro...

- Buenos días, señor.- Dijo con acento lejano el extraño hombre entre la barba canosa.- No queríamos ofenderle, pero teníamos entendido que por estos parajes podríamos encontrar a una bruja.- A Lyda le sorprendió sobremanera aquello, tanto, que pasó por alto el plural de su primera persona.- Una bruja capaz de dominar la *Magia Mutable*.- Terminó, tratando de simular una sonrisa amistosa. A ella le pareció que su tono, bajo ese acento lejano, ocultaba algo, como si estuviera sobreactuando.

- Aquí no vive ninguna bruja.- Contestó Lyda tratando de no parecer insolente.- Esta es mi casa. En ella vivo con mi esposa. ¿Qué lleva a un anciano a vagabundear por un bosque como éste buscando una bruja? No te has presentado, lo cual demuestra una falta de educación que no invita a la hospitalidad, si es lo que buscas tras el camino.

- Nuestro nombre...- Y dio un respingo, como cuando alguien te da una patada por debajo de la mesa, o un pellizco sorpresa, y te sobresaltas, pero se compuso.- Mi nombre es Minior, y venía buscando a la bruja. Si me indicaron mal, o si me he equivocado, agradecería la amabilidad de un descanso y agua.

- Ahora puedes pasar Minior. Sé bienvenido a mi casa.- Dijo Lyda sonriente, abriendo la puerta para darle paso. Éste, al entrar, tuvo que encorvarse, de tan alto que era, y además, se quitó ese sombrero alargado, dejando así una calva considerable al aire.- Puedes tomar asiento. Sólo tengo una silla, pero no importa, yo me sentaré en la cama.- Añadió Lyda mientras servía agua en un tazón de barro.

- Estamos bien de pie, gracias.- Aunque tan rápido como había contestado, cambio de parecer.- Quiero decir, que mejor nos sentamos... Llevamos tanto tiempo caminando, que nos vendría bien el descanso.- Trató de sonreír, como excusándose por el cambio de parecer, como si a Lyda le hubiera importado... Y al tratar de sentarse, hizo un ejercicio de equilibrio sin igual. Se dobló primero a la altura del pecho, después donde realmente debía tener la cadera, para al final sentarse sobre sus propias piernas, como si sus posaderas estuvieran a unos escasos palmos del suelo. Aquel esfuerzo le costó tanto al extraño hombre, que al final, cuando ya parecía haber conseguido sentarse,

terminó perdiendo el equilibrio y cayó al suelo. Lyda reaccionó inmediatamente para ayudarlo, pero no le dio tiempo, y el viejo terminó en el suelo... ¡Cuál fue la sorpresa de Lyda al descubrir que el viejo no era un único personaje, sino tres ocultos bajo la túnica! Al caer, rodaron por el suelo tres enanos. El que hacía las veces de cabeza del viejo, y que Lyda ya conocía, cayó a sus pies. Junto a este, otro enano que había actuado de tronco del viejo, y sobre la silla, aferrado y cubierto por completo con la manta que habían usado de túnica, quedó un tercero.

Todos quedaron en silencio, tras la evidencia del engaño. En la cara de los dos enanos, se dibujaba una mueca de absoluta vergüenza y miedo por la represalia del hombre fornido en que Lyda estaba convertida. Pero cuando pensaban que éste estallarían en una feroz vorágine que los arrastraría fuera de su casa, Lyda comenzó a reírse a carcajada limpia. En ese momento lo había comprendido todo: el por qué de esos movimientos tan forzados, las deformidades de un cuerpo tan extraño, su altura exagerada, los respingos del viejo, y aun más... creyó intuir por qué andaban buscando una bruja de la *Magia Mutable*.

Se trataba de tres enanos, de una raza que Lyda no había visto nunca. Tenían la tez muy oscura. Eran casi calvos, y con barbas muy largas, rizadas, también de un tono oscuro. Eran muy viejos, pero rechonchos. Parecían haber estado trabajando toda su vida, y por ello poseían músculos robustos. No debían medir más de un metro cada uno, y a Lyda le llamó la atención la claridad de sus ojos: eran de un azul celeste que casi hasta brillaba.

- ¿Pero quiénes sois?- Preguntó ella entre risas.

- ¿Lo ves, Travir, era mejor no sentarse?- Rechistó el enano que había actuado de cabeza del hombre.

- ¡Si hubieras cargado con dos como tú durante todo este rato, tú también habrías necesitado sentarte, Minior!- Dijo el que estaba en la silla mientras se revolvía por quitarse la manta de encima. Minior soltó un suspiro, y vio al que aun callaba, que no hacía más que mirar boquiabierto al hombre fornido.- Señor, disculpa que hayamos venido a tu casa, en busca de la bruja que cambia las cosas, pero es que no sabíamos a dónde acudir, y nos dijeron que vivía por esta región...

- Espera, decidme, ¿quiénes sois y para qué buscáis a la bruja?- Dijo el hombre fornido asertivamente, tratando de no parecer brusco para no asustarlos más.

- Mi nombre es Minior, en eso no te engañé. Él es Antälör,- señaló al que aun no había hablado.- y el que se cubre con la manta es Travir.

- No me cubro con ella. ¡Trato de quitármela de encima!- Inquirió justo antes de asomar la cabeza. Era el más feo de los tres, sin duda el más gruñón. Éste estaba completamente calvo, y su barba era más corta que la de

los otros dos, la poca que había crecido era gris y vieja. Tenía la cara muy arrugada, pero a pesar de lo anciano que parecía, era el más robusto de los tres enanos. Al asomarse, absorbió una buena bocanada de aire.- Me estaba ahogando.- Admitió.

- ¿Pensáis que la bruja podrá convertirnos en un sólo hombre? ¿Eso buscáis? - Dijo Lyda.

- ¿Conoces a la bruja? - Minior recapacitó.- No. Nuestra intención es hallar un disfraz que nos permita huir de nuestro amo. Y ella tal vez pueda ayudarnos.

Lyda calló un momento, pensando.- Tal vez pueda ayudaros.- Asintió, y sonrió.- ¿Pero a cambio de qué, pensáis que la bruja querrá ayudaros?

- No sabemos qué ofrecer, salvo desesperación y lástima.- Inquirió Minior.

- Entonces tendréis que convencerla.- Y se rió.- Y a veces es difícil de convencer...

- ¿Nos dirás cómo encontrarla? - Saltó el enano barbudo.- ¿Nos ayudarás a convencerla?

El fornido hombre pelirrojo rio entonces con una larga carcajada. Hasta que terminó sonriendo ante la cara perpleja de los tres enanos.- Ya la habéis encontrado. Tenéis ante vosotros a la bruja que buscáis. Y no, no os ayudaré a convencerme.- Quedó tan sonriente el hombre.

- Eres tú... ¿La bruja que cambia las cosas? - La voz de Minior sonó hasta perderse, fueron palabras escapando del pensamiento.

Lyda asintió.- Como vosotros, yo también me oculto bajo un disfraz. En los días que corren, la precaución siempre es buena ventaja.- Se encogió de hombros.- ¿Pero decidme, cuán malo ha sido con vosotros vuestro amo para que queráis huir de él?

- ¡No castiga! - Dijo de pronto Antälör, el que aun no había hablado. Su voz era más aguda que la de los otros dos enanos, se le veía más triste.- Nos maltrata... - Terminó.

- Nos hace ir cargando con él a cuestas. ¡A todos lados! - Dijo de seguido Travir, aun desde la silla.- Donde quiera que vaya el viejo, tenemos que ir cargando con su asqueroso cuerpo.

Minior no dijo nada al principio, y cuando comenzó a ver la cara de Lyda cambiar, entonces habló.- Necesitamos que nos ayudes a encontrar un disfraz, para escapar de ese hombre, que nos tiene presos desde hace años. Nos obliga a llevar a cabo trabajos forzados. Vivimos encadenados a su carruaje, en el que vive, y somos los que cargamos con él. Ahora hemos escapado.

- Se montó una buena... - Interrumpió Travir a Minior riéndose.

Éste asintió, mirándolo.- En cuanto nos libramos de los grilletos vinimos a buscarte.- Dijo tajante.

- ¿Por qué a mí?- Respondió Lyda.

- Porque eres una bruja de la *Magia Mutable*.- Dijo ahora Antälör con su voz aguda.- Hemos venido hasta aquí buscándote. Él sabe que estás aquí, también te necesita.- Calló un segundo.- Eso podemos darte a cambio de tu favor: la advertencia. Huye, como nosotros huimos de él, pues si te encuentra, conseguirá de ti lo que necesita.

- Pero, ¿quién es vuestro amo? ¿Quién podría ser así?- Lyda se emocionó tanto, que casi pierde la concentración del hechizo, pero logró mantenerlo.

- Su nombre es Murtagh, aunque lo llaman el Señor Caracol.- Le contestó Minior.- Es un viejo arruinado, vil y cruel, que ha encontrado la manera de preservar su vida. Ni siquiera nosotros sabemos cuántos años puede tener. Vive de vagar de aquí a allá, y nosotros cargando con él y su casa. Se alimenta del miedo, y aspira a destruir el mundo...

- Maldito degenerado...- Soltó Travir.

- ¿No sabéis su edad?- Preguntó intrigada Lyda.- ¿Cómo lo hace? ¿Conocéis su secreto, cómo salvarse de la muerte?

Los tres se miraron.- No exactamente. Y no te gustaría averiguarlo, créenos.- Le dijo Minior.

- Sorpréndeme.

- De verdad que no lo sabemos. Después de ver su cuerpo, y no hemos querido saberlo. Él es un escuálido cuerpo, inerte, inmóvil. Por ello siempre en su carromato, pero su mente sigue lúcida, y sólo desea el mal. Vive sin poder separarse de esos frascos repugnantes, en los que guarda sus órganos. Ahí es donde los mantiene vivos... Es asqueroso.

- Debe serlo.- Terminó Lyda.- Está bien, os ayudaré a escapar de él, por supuesto. Decidme, ¿en qué os gustaría transformaros?

Ellos sonrieron, al fin, y arrugando sus rostros viejos y cansados, se miraron pensando.

- Antes de decidirlo, sabed que la *Magia Mutable* es peligrosa, y tiene sus consecuencias. Debería ser un conjuro sencillo, o correríais el riesgo de quedar así para siempre... Bueno, siempre existe ese riesgo, creo.- Y se encogió de hombros el hombre fornido.- El conjuro duraría hasta esta medianoche.

- A medianoche estaremos tan lejos, que ese viejo amargado no dará con nuestras formas originales. Te lo agradecemos.

- Siempre quise ser un elefante.- Dijo Travir casi para sí, interrumpiendo otra vez a Minior.

- No. La idea del elefante es tentadora, estoy segura,- Dijo el hombre.- pero si vuestra intención es provocar violencia con su fuerza, no puedo permitirlos. Os ayudaré, pero sólo a huir de él.

- Aves.- Dijo seco Antälor.- Conviértenos en aves hasta la medianoche y podremos huir para siempre.

- Aves... Sí, me gusta la idea. Creo que sería posible... Venid conmigo.

Lyda dirigió a los tres enanos a su jardín. Allí les explicó lo que significaba mutar la forma, les habló de los riesgos y de las consecuencias. Pero ellos dijeron temer tanto al Señor Caracol, que correrían el riesgo. Entonces Lyda, tras ofrecerles un vaso de agua de su fuente, se despidió de ellos. Les advirtió por última vez que el hechizo duraría hasta la medianoche, y comenzó a concentrarse. Ellos le hablaron durante unos minutos, pero ella ya no les escuchaba, hasta que empezaron a sentir la *Magia Mutable*... Su garganta se mudó. Y sintieron sus labios, nariz y barbilla convertirse en un tremendo pico amarillento. Sus barbas menguaron hasta ser un bello que brotó de nuevo, en un tono marrón, que se convirtió en vigoroso plumaje. Sus piernas se arrugaron, hasta agarrotarse quedando unas patas con pezuñas. Y sus brazos crecieron y crecieron, mutando en unas alas enormes. Y cuando los cuerpos de los tres enanos eran tres águilas, echaron a volar hacia el horizonte más lejano.

Entonces, viendo marchar a las tres preciosas águilas, Lyda fue cambiando poco a poco. Estaba realmente agotada y necesitaba regresar a su cuerpo original. La espada del fornido hombre fue menguando, a la par que sus ropas, que se fueron fundiendo en una sola prenda, a modo de camisón. Su pelo, corto y rojo, no perdió el vivo color, pero se alargó hasta volver a ser la melena pelirroja que llevaba Lyda. Su bigote y barba desaparecieron, y su rostro volvió a ser tan hermoso y femenino como siempre, dibujando esa sonrisa que la caracterizaba.

Aquella noche Lyda no podría dormir, con la imagen del Señor Caracol descrita por sus esclavos enanos. Ya le quedó fijada a modo de imagen mental...

*La advertencia del hombre extraño*  
*Lyda de Lis*  
Memorias Olvidadas  
Darka Treake  
[www.modt.net](http://www.modt.net)